

## *Niebla*

**E**l farol ensombrece la calle con su falta de luz. Pasan los caminantes perdidos, y Carlos los mira desde el balcón, sentado en la silla donde suele escribir. Su vista se concentra en el caminar sin rumbo que lleva la gente, todos le son ajenos. Después de muchos rostros distintos, fija la vista en uno, es el propio. Se ve como un caminante más, sus pasos son lentos, lleva en la mente un nombre que se asoma, pide ser visto, un nombre y varios encuentros empeñados en reaparecer. Sigue perdido. Detrás de los arbustos que cercan la calle aparece un poco de niebla, se esparce silenciosa entre los caminantes y choca con ellos, los esquiva para llegar a él y cubrirlo hasta la cintura. Cada vez le resulta más difícil moverse. La niebla es ella. Quiere adherírsele a la piel para que nunca deje de escribirle. Sus ojos se cierran, empieza a elevarse arqueando la espalda hacia atrás hasta quedar recostado sobre una ligera cama de bruma. Ahora suspendido sobre la calle, flota libre de recuerdos que lo consumen, y él mira su cuerpo desde el balcón mientras la niebla cubre la calle y su casa.

Otra noche a medio dormir. Carlos deambula entre el

sueño y la vigilia esperando encontrarla en uno u otro. Han pasado veinte días desde el último mensaje al que ella respondió con un saludo habitual, como suele responder quien sólo busca que le escriban.

“De nuevo un trazo me lleva a otro. Mi mano se deja a las líneas que no paran, la tinta las hace visibles. La hoja donde escribo se vuelve la boca de un pozo insondable, repleto de caminos para llegar a todos los mundos. Cada ruta tan llena de luz como de sombra. Algunos senderos arden, llevan encendido un cabo del hilo que ella deja para que yo, acaso, la siga. Son muchos los trayectos posibles para alcanzarla, muchos los fuegos donde se quemarían mis pies para llegar a ella. Y cuando empiezo a caminar nos recuerdo separados por un sinuoso valle, cruzarlo es una osadía pendiente. Dudo. Siempre resguardo la verdad en las profundidades donde nadie llega, junto a lo emocional y las costumbres no amañadas, ahí cada noche veo su nombre titubear sobre la orilla del barranco donde aviento lo imposible. E m m a. Pero lo rescato, me abrazo a sus cuatro letras, y dejo que encienda su fuego, vela de luz inquieta. Arde sobre mi oscuridad, es un ardor de brío y de deseo, me pide consumir la vida con y entre sus llamas, llamas de sol pero de agua, de agua que me devuelve la mente con su oleaje, que deja beberla fuego, beberla lluvia. Subir y descender. Las rutas se dividen, cruzan, chocan y se borran. Arden para luego llover. Ahora son ríos que escurren de la hoja. La corriente es grande y se desborda. Secará. Y en los restos de la tinta quedará algo escrito, cuatro letras que serán, quizá, su nombre”.